

de dónde le viene. Y cuando desaparecen aquéllas surgen las de las antípodas como si en él se quisiera confirmar la advertencia del romance, "mis arreos son las armas, mi descanso, el pelear". Al fin, caballero andante, está en su sino.

Queremos celebrar, porque merecen serlo las páginas primeras y finales, las que enlazan la doctrina de su enseñanza a la experiencia de su propio existir. Habrán de tomarse en cuenta, cuando corresponda, para trazar su auténtico perfil, pero deben ser valorizadas desde luego, como premisas que ya se hacen indispensables para apreciar su calidad. Como García Lorca, hay un drama en la predilección de Scarpa por la poesía, un drama tanto más noble cuanto voluntariamente querido, y ese drama es acreedor a nuestro respeto desde dentro. Acaso, porque entre nosotros no se prepara todavía para estas cosas, su libro no tenga aquí la repercusión inmediata que su calidad debiera asegurarle, y sea preciso, como en el *Thomas Mann*, que lleguen desde el extranjero las voces de la alabanza más elocuente, pero ¡también en esto! él es un llamado de conciencia: que alguna vez la tribuna que enseña las Letras pase de los bibliómanos fríos que adoran a la diosa Memoria, a los hombres que reconocen su estirpe de seres dotados de un destello divino de inteligencia, y la saben usar de vehículo hacia las almas.

Ernesto Livacié Gazzano.

<https://doi.org/10.29393/At395-33BPTM10033>

Bosquejos y Perfiles, de CARLOS ORREGO BARROS,
Editorial Andrés Bello, 1961

Bajo el sugestivo título de *Bosquejos y perfiles*, el distinguido escritor don Carlos Orrego Barros nos da a conocer diez semblanzas de hombres ilustres que se distinguieron en la política, el foro, la ciencia, el clero, las artes y las letras. Así van apareciendo las figuras de don Ramón Barros Luco, don Crescente Errázuriz, don Isidoro Errázuriz, don Carlos Walker Martínez, don Guillermo Blest Gana, don Eduardo de la Barra, don Pedro Lira, don Manuel Barros Borgoño, don Juan Agustín Barriga y don Miguel Cruchaga Tocornal. A todos ellos el señor Orrego Barros los conoció personalmente y a fondo, por lo cual en su libro abundan las anécdotas y los detalles poco divulgados, que permiten configurar breves estudios biográficos, notables por el interés y la amenidad que su autor ha sabido infundirles.

El señor Orrego Barros, que anteriormente había publicado libros de viajes y de erudición, nos sorprende en esta nueva obra con un conjunto de interesantes recuerdos, muchos de los cuales contribuirán a rescatar del olvido a personajes que brillaron en diversos campos de la actividad humana y cuyos rasgos el paso inevitable de los años ha contribuido a tornar borrosos e imprecisos. Con tan meritoria labor el señor Orrego Barros, hijo a su vez de dos grandes escritores —el Dr. Augusto Orrego Luco y la señora Martina Barros de Orrego—, presta un servicio de primer orden a la literatura chilena, al permitir el acceso a fuentes de pocos conocidas, pues al transcribir por escrito sus recuerdos e impresiones sobre un conjunto tan selecto de personalidades, el conocimiento integral de ellas, más humanizado e íntimo, se hace factible en alto grado, en vista del subido valor de sus informaciones.

La semblanza de don Ramón Barros Luco es interesante, pues el otro lado de la medalla de aquel respetable estadista aquí se presenta con todos los atributos del caso. Erradamente se creía al señor Barros Luco un individuo

apático e indolente; contribuía no poco a formar esa reputación, frases como "Todo se arregla solo, salvo lo que no tiene arreglo", que incluso se decía las pronunciaba cuando en el ocaso de su existencia fue elegido Presidente de la República. Don Carlos Orrego Barros hace ver cuán inexacto era el juicio que de él tenían sus contemporáneos, al enumerar sus actividades en el campo político, dificultando que haya otras figuras con la trayectoria de su biografiado. Era poseedor de un certero humorismo, agrega más adelante, lo cual se puso de manifiesto una vez en la Cámara de Diputados, cuando el diputado Malaquías Concha estaba disertando sobre el problema del carbón y de la difícil situación que por entonces atravesaban los mineros. Para darle un cariz dramático a su discurso en un momento dado, ahuecando la voz agregó: "Pues bien, yo diré al país que en estos instantes, en las calles de Lota, el pueblo se bate con la policía...". Al instante don Ramón le preguntó: "¿Y quién va ganando?", con lo que provocó la risa de la Cámara entera y el orador perdió totalmente su bien estudiado recurso oratorio.

Cuando el oro de Paraf provocó en la capital una verdadera locura, pues aquel fascineroso decía poder transformar el cobre en oro, don Ramón Barros Luco fue el único ganancioso con aquella especulación, ya que vendió una mina de su propiedad, que era de cobre, en la suma de mil pesos, mientras la totalidad de los que esperaban el milagro de Paraf perdieron el dinero destinado a tan seductor como ilusorio negocio.

En el salón literario que durante muchos años mantuviera la señora Martina Barros de Orrego, concurría con frecuencia el ilustre humanista y poeta don Eduardo de la Barra. Hombre de universal cultura, había reconstituido el Poema del Cid, dotándolo de un pasaje extraviado en forma tan perfecta que obtuvo gran prestigio en España; asimismo tradujo composiciones como "El vaso roto", de Sully Prudhomme y "El viejo orfebre", de Heredia, tan admirablemente que se estiman hoy en día superiores al original. En ese terreno el señor De la Barra compartía honores con Andrés Bello, quien vertió al castellano la "Oración por todos", de Víctor Hugo, mereciendo similar tratamiento. Gran polemista, de apasionado verbo y poder de convicción, sus calidades se pueden apreciar en una conversación interesantísima del más alto vuelo académico, sostenida en el salón de la señora Barros de Orrego, sobre las más altas cumbres de la literatura: Byron, Shelley, Leopardi, Shakespeare, Lope... En ella participaron además de la dueña de casa, el Dr. Orrego Luco, Guillermo Blest Gana, Juan Agustín Barriga, Pedro Lira, Luis Montt, Matías Errázuriz, Víctor Barros. Hay que leer el desarrollo de aquella justa apasionante. Todo el refinado espíritu de una época de la más alta cultura aparece en ella; es el patrimonio de las generaciones anteriores, imbuidas en la ideología romántica, que aún se muestra deslumbrante en charlas sostenidas hace más de medio siglo.

La figura de don Juan Agustín Barriga, el gran orador político y académico, aparece en las páginas de *Bosquejos y perfiles* con un sello personal que le había concedido su dilatada labor en el Parlamento en defensa de su ideología, la conservadora, de la Iglesia y de la libertad electoral, esta última desconocida durante el Gobierno del Presidente Balmaceda. En los años que fue diputado sus sobresalientes alocuciones llamaron grandemente la atención, por estar concebidas con notorio cuidado de la forma y porque eran pronunciadas con énfasis y vigor, puesto que don Juan Agustín tenía

especiales condiciones para ello. Sin embargo, escribe el señor Orrego Barros, era más orador académico que parlamentario, puesto que el primer auditorio ha sido siempre más selecto que el otro, propenso a la adulación y al halago. Discursos suyos como "De la lengua castellana como instrumento del arte literario" y "Don Marcelino Menéndez y Pelayo" honran a su autor y a las letras chilenas por la "belleza de su forma, la galanura, la elegancia, el ingenio y la armonía", lo cual justifica el entusiasmo que produjeron, en especial, en la juventud de aquel entonces.

Otro de los personajes biografiados por la mano maestra de don Carlos Orrego Barros es el ilustre internacionalista, jurisconsulto y político, don Miguel Cruchaga Tocornal, quien se inició como diplomático en Argentina, a comienzos de siglo, donde su estada dejó recuerdos imborrables en quienes lo trataron. Más tarde fue Embajador en Alemania, donde alcanzó pleno éxito en un grave problema financiero; luego en Brasil, de donde envió un nutrido epistolario sobre la separación de la Iglesia del Estado que por entonces afrontaba el país hermano; más tarde en Estados Unidos, donde obtuvo el apoyo moral del país del Norte para resolver el enojoso conflicto de Tacna y Arica. Posteriormente nombran al señor Cruchaga Tocornal superárbitro de las Comisiones Mixtas Hispano-Mexicanas, Germano-Mexicanas e Italo-Mexicanas, creadas para solucionar una serie de conflictos suscitados por la anarquía que acaecieron después del derrocamiento de Porfirio Díaz, coronando su misión con el éxito más completo, restableciéndose, entre otras garantías, el culto católico, prohibido estrictamente. Fue tan inmensa la gratitud que los mexicanos sintieron por las beneficiosas negociaciones del señor Cruchaga Tocornal que en otro de sus viajes a ese país la gente se agolpaba para saludarlo, mientras los indígenas le tendían alfombras para que pasase, abrazándole las piernas, llorando de emoción. En esa misma época, escribe el autor de *Bosquejos y perfiles*, tuvo el honor de ser designado miembro con voto decisivo en la comisión de arbitraje en las relaciones entre Estados Unidos y Panamá. ¡Pocos chilenos han alcanzado honores semejantes!

Muchos son los aspectos dignos de ser considerados como es debido en esa nueva obra de don Carlos Orrego Barros, porque a cada paso saltan a la vista juicios, conversaciones y confidencias sobre estos ciudadanos eminentes. Don Crescente Errázuriz, el majestuoso Pastor; don Isidoro Errázuriz, tribuno de enjundia; don Carlos Walker Martínez, estadista prestigioso —es oportuno conocer su misión diplomática en Bolivia, durante la vergonzosa dictadura de Melgarejo—; don Guillermo Blest Gana, inspirado poeta; don Pedro Lira, distinguido artista y maestro; don Manuel Barros Borgoño, reputado científico, están tratados convenientemente para así poderse formar una idea global de aristócratas chilenos en el más augusto sentido de la palabra. Un prodigioso don de amenidad tiene el señor Orrego Barros, virtud que se echa de menos en el género ensayístico desde un tiempo a esta parte. Sin perjuicio de la anotación erudita o de la cita textual, se encuentran ambas combinadas con la observación curiosa y la glosa no exenta de picardía.

El oro de Paraf, la revolución del 91, los salones literarios, los debates en el Parlamento, los triunfos de chilenos en el extranjero, son cuadros vivos de la historia nacional, que en las páginas magníficas de *Bosquejos y perfiles* —escritas con la más ática de las elegancias— se hallan descritas con la seguridad del testigo acucioso que ha estado presente en ellos.

Estos retratos literarios de don Carlos Orrego Barros son, después de las

Semblanzas Literarias de la Colonia, de Eduardo Solar Correa, la aportación más trascendental que este género tan poco cultivado entre nosotros ha tenido en la historia de las letras chilenas.

T. P. M. H.

Carnet Crítico, de RICARDO A. LATCHAM,
Editorial Alfa, 1962

Nuestro actual Embajador ante el Uruguay, el crítico y ensayista Ricardo A. Latcham, fuera de desempeñar las delicadas funciones encomendadas a los diplomáticos, se ha dado tiempo para divulgar nuestra literatura en el país ante el cual está acreditado a través de conferencias, cursos en la cátedra América, que le fuera conferida por la Universidad de Montevideo, y publicaciones varias, como este libro publicado en dicha ciudad en el año en curso. Contiene 40 artículos aparecidos primitivamente en diarios de América como "La Nación", de Santiago de Chile; "El Nacional", de Caracas y "Marcha", de Montevideo, los que versan en su mayoría sobre escritores mexicanos, venezolanos, uruguayos y chilenos.

Carnet Crítico tiene la ventaja de dar a conocer a escritores americanos en Chile y a chilenos en América a través de la palabra autorizada de uno de nuestros críticos más representativos, quien manifiesta en el Prólogo de su reciente obra que "pretende mantener la adecuada objetividad y una mínima relación entre el escritor y el medio social en que éste actúa". Sin ánimo de buscar querrela acerca de la objetividad del crítico en general, virtud que me parece muy ilusoria, aunque es aconsejable, sin duda, es necesario expresar que en los artículos dedicados a escritores nacionales, el juicio crítico de Ricardo A. Latcham aparece sensato y equilibrado.

Cuentos de la Generación del 50, *Para subir al cielo* y *El príncipe y las ovejas*, de Enrique Lafourcade; *Coronación* y *El charleston*, de José Donoso; *Ángeles bajo la lluvia*, de Armando Cassícoli; *La fosa*, de Helvio Soto, *Cuentos de Cámara*, de Cristián Huneeus y *Ruidos en el espejo*, de Fernando Rivas; *Seres de un día*, de Luis A. Heiremans; *Los túneles morados*, de Daniel Belmar; *Eloy*, de Carlos Droguett; *Los penitenciales*, de Humberto Díaz Casanueva y *El corazón escrito*, de Rosamel del Valle; *Efraín Barquero, poeta popular de Chile* y finalmente *Esquema de la nueva poesía chilena*—que precedió a una Antología publicada por la Revista Amistad de Buenos Aires el año pasado—, testimonian la preocupación de Latcham por el desarrollo de la literatura contemporánea de Chile, en especial por algunos integrantes de la Generación del 50, que renovaron saludablemente, como lo ha manifestado Enrique Lafourcade, la temática y las formas, observando una técnica y cumpliendo una estética. Fuera de percibir lo valioso que aportan las nuevas promociones literarias, el autor del *Carnet Crítico* siente viva simpatía por ellas, elogiando sus obras no sin entusiasmo.

Muchos y muy contradictorios comentarios despertó la última novela de Enrique Lafourcade, *El Príncipe y las Ovejas*, de tal modo que es conveniente conocer la opinión de Ricardo A. Latcham al respecto: "El estilo de la novela es fresco, moderno, desembarazado y conduce, con paso ligero, por un escenario rico en peripecias insinuadas en el esquema alegórico del demonio y la pérdida de su salvación", para agregar poco después que "a veces recuerda a Peyrefitte, al de *El exilio de Capri*, no menos prolijo y gran conocedor de la podredumbre dorada del Mediterráneo, sus viejas islas y